

La redefinición ideológica de los partidos socialistas italiano y español en los años 1976-1986

Luca Costantini

Università di Bologna – UNED

El análisis de la evolución ideológica de los partidos socialistas italiano y español pretende investigar los aspectos relativos a la reflexión de los intelectuales cercanos al PSI y al PSOE sobre sus propuestas políticas y visiones de la sociedad. La comparación toma como objeto de investigación las revistas que en aquella época se ocuparon de juntar una reflexión intelectual con la construcción de una plataforma política innovadora y moderna del socialismo: en concreto «Mondoperaio» y «Sistema» en los años del 1976 al 1986. Es posible periodizar esta redefinición ideológica en tres fases.

La primera, del 1976 al 1979, fue aquella más eminentemente marcada por los interrogantes relativos a la identidad socialista y a la evolución de la social-democracia en un contexto de superación de los esquemas teóricos considerados tradicionales. La pugna con los comunistas para ostentar la hegemonía política en el espacio político de la izquierda puso en el centro del debate la cuestión sobre la conveniencia de definirse como los herederos y los continuadores del pensamiento marxista. Los congresos de estos años marcaron el establecimiento de una clase política joven y innovadora, portadora de nuevas ideas y de un nuevo modo de interpretar las campañas electorales.

La segunda fase se detecta en el paréntesis que desde el año 1979 llega al cierre de la campaña electoral del 1982 en España y 1983 en Italia. En ese periodo los partidos, aún a través de los escritos de los intelectuales, intentaron establecer los criterios esenciales

para la creación de una plataforma alternativa contra los gobiernos del centro. Los fundamentos de esta estrategia consistían en la ocupación del espacio político de izquierda y en ofrecer a la ciudadanía una imagen de partido confiable, moderado e innovador. El elemento central de dicha estrategia fue poner el partido como el único capaz, por tradición política y anhelo de cambio, de dirigir las reformas necesarias en el campo político y económico. El leitmotiv será todavía demostrar haber abandonado el obrerismo y clasismo típico del socialismo del comienzo del siglo, en favor de una visión política armonizadora de las diferentes exigencias y aspiraciones propias de una sociedad compleja.

Finalmente, la llegada al poder de Felipe González y Bettino Craxi pareció confirmar que la síntesis entre innovación ideológica y campaña electoral moderada emprendida por los jóvenes secretarios confirmaba el aprecio de los electores. En tal contexto los debates que se recogieron en dichas revistas se ocuparon sobretudo de asuntos de políticas económicas, concentrados en los postulados de la reducción de la inflación y de la regulación del mercado del trabajo.

La superación del marxismo (1976-1979)

Los artículos que abrieron la fase de redefinición ideológica fueron aquellos escritos por Norberto Bobbio en la revista «Mondoperaio» en 1975¹. Escritos en forma de preguntas abiertas, Bobbio cuestionaba la existencia de la doctrina marxista del Estado y cual podía ser una alternativa convincente y practicable al modelo de la democracia representativa. Los interrogativos puestos por el intelectual piemontés no eran nuevos, pero en el clima político de aquellos años recuperaban vigencia y eran de una urgencia ineludible. Lo que Bobbio en definitiva debatía era la naturaleza controvertida del comunismo en relación al pluralismo y la democracia. En las revistas políticas de la época las preguntas formuladas por Bobbio fueron extensamente debatidas, y constituyeron en el campo socialista una plataforma sobre la cual reafirmar la diversidad frente al comunismo y la pretensión de una autonomía cultural y política al mismo tiempo.

¹ Ahora reunidos en: Norberto Bobbio, *Qué socialismo?*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

La importancia de la intervención de Bobbio fue aquella de conferir una imagen nacional a la producción intelectual que rodeaba el entorno del PSI en contraposición a la comunista. El mismo Pietro Nenni hizo propias las palabras del filósofo piemontés en uno de los múltiples eventos, recordando a los oyentes la importancia de la defensa del pluralismo democrático: «contra las posibles degeneraciones del poder hay que predisponer remedio, levantar barreras, erigir eficaces defensas, como el control democráticos, la protección de algunas libertades civiles, en primer lugar, la de expresar la propia opinión, una agónica pluralidad de las fuerzas sociales y de sus organizaciones»². Con estas palabras Nenni retomaba la teoría de la naturaleza conflictual de las relaciones entre socialismo y democracia históricamente finalizadas con la afirmación popular de la libertad. Socialismo sobretodo significaba la búsqueda de la libertad sobre la cual Bobbio propuso fundar el postulado del socialismo renovado³.

Las tesis de Bobbio fueron también acogidas con interés fuera de Italia, en enero de 1977 sus artículos fueron traducidos y publicados en la revista «Sistema» y un año más tarde la misma revista publicó una disputa entre Guerra y Bobbio sobre los temas tratados arriba. La reflexión fue dirigida sobre todo a la relación entre socialismo y eurocomunismo, con el fin de formular una respuesta socialista de marco europeo. Había sido en efecto el mismo González quién volvió a hablar de la necesidad de establecer una «estrategia socialista para Europa»⁴, mientras el debate entre Guerra y Bobbio era motivado por la exigencia de establecer los ejes sobre los cuales construir una válida y «nuestra»⁵ alternativa al eurocomunismo.

Es en este contexto histórico en que la teoría sobre la incapacidad del modelo del estado comunista de combinar el pluralismo y la libertad fue utilizado como denominador común tanto en la estrategia política del PSI como del PSOE. Es en esta coyuntura que empezó a dibujarse un debate intelectual sobre el componente anti libertad y anti

² *L'Avanti!*, 5 marzo 1976.

³ Norberto Bobbio, «Democracia representativa y teoría marxista del Estado», *Sistema*, 16, enero 1977, pág. 23.

⁴ Norberto Bobbio y Alfonso Guerra, «Socialismo y eurocomunismo», *Sistema*, 22, enero 1978, pág. 93.

⁵ *Ivi*, pág. 94.

pluralista de la doctrina marxista, que Alfonso Guerra llamó el «abuso de autoridad marxista»⁶.

Esta posición que mantuvo Guerra desde 1977 fue crítica con el propio PSOE, ya que en el Congreso del 1976 el partido se había declarado a favor del mantenimiento del marxismo como instrumento de análisis de las relaciones entre sociedad, economía y política. La elaboración ideológica surgida del Congreso de 1976 era según el sevillano poco eficaz desde el punto de vista electoral, y el éxito socialista en las elecciones administrativas del 1977, obtenido gracias a una campaña electoral de marco moderado, constituya la prueba empírica de tal interpretación. Así afirmaba Guerra: «hemos intentado encontrar un lenguaje al alcance de los trabajadores, de los ciudadanos, que fuera fácilmente conectable, a la vez, con la exigencia de crecimiento político y cultural y con las necesidades de todo el pueblo español»⁷.

Se delineaba entonces en la posición de Guerra la anticipación de aquella confrontación sobre el marxismo que en el año siguiente habría modificado profundamente los equilibrios internos del partido. Sobre la cuestión ideológica e identitaria se enlazaba las aspiraciones de gobierno de un partido que quería mostrarse renovado. Según Guerra había llegado el momento de elaborar «una tesis según la cual ser marxista significa hoy valerse de todas las aportaciones, tanto marxistas como anti marxistas – porque no debemos olvidarnos de que los anti marxistas nos han hecho muchas veces grandes favores»⁸. La afirmación de un «socialismo renovado, un socialismo joven»⁹ era según Guerra necesario para demostrar que la originalidad y la autonomía de la posición socialista frente a la de los comunistas.

Justo en la búsqueda de dicha autonomía se basaba el posible futuro éxito electoral de los socialistas según la interpretación de Guerra y Bobbio. La importancia de conseguir una autonomía tanto política como cultural era lo que, según Bobbio, habría podido realmente determinar la construcción de un socialismo nuevo y hegemónico, con un distanciamiento con el marxismo como condición *sine qua non*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ *Ivi*, pág. 95.

⁸ *Ibidem*.

⁹ *Ibidem*.

En el número de julio y agosto de *Mondoperaio* de 1977 se publicó «Reforma del Estado y alternativa de la izquierda», un ensayo firmado por Giuliano Amato en el que se trazaban las líneas fundamentales de aquel «Proyecto Socialista» que se presentó con éxito en el Congreso del PSI de Turín un año después. Entre las propuestas del «programa para la alternativa» resaltaba la propuesta de reformar la constitución para posibilitar y garantizar de pleno la alternancia de gobierno.

En agosto de 1978, en la revista «L'Espresso» salió publicado el artículo «El Vangel socialista» de Craxi en donde el líder socialista renegaba definitivamente de la tradición marxista y leninista del socialismo, marcando un punto de inflexión en la evolución ideológica del PSI. Craxi recuperaba el pensamiento proudhoniano y el socialismo liberal de Carlo Rosselli. Y así se manifestaba sobre las diferencias con los comunistas:

La profunda diversidad de los “socialismos” aparece con mayor claridad cuando los bolcheviques se empadronaron del poder en Rusia. Se contrapusieron y se enfrentaron dos concepciones distintas. De hecho había quien aspiraba a reunificar el cuerpo social a través de la acción dominante del Estado y quien auspiciaba el fortalecimiento y el desarrollo del pluralismo social y de las libertades individuales. [...] La meta final es la sociedad sin Estado, pero para llegar es necesario estatalizar cada cosa. Esto es, en síntesis, la grande paradoja del leninismo. Pero, ¿cómo es posible extraer la libertad total del poder total? En cambio [...] se ha hecho omnipotente el Estado [...] El socialismo no coincide con el estalinismo, es la superación histórica del pluralismo liberal, y no ya su aniquilación¹⁰.

El debate sobre la idea de un socialismo renovado se profundizó con la aparición en escena de un nutrido grupo de intelectuales como fue el caso de José María Maravall, José Félix Tezanos, Elias Diaz o Francismo Pérez Garcia; o como Luciano Pellicani, Giuliano Amato, Giorgio Ruffolo y Paolo Sylos Labini en Italia. Todos ellos trataron el tema de la identidad y de la alternativa socialista en el desarrollado socio-económico de los años setenta. Aunque divergían en la disciplina elemental de su análisis teórico – unos se decantaban más hacia un enfoque economista y otros sociológico o político – convergían en la idea del planteamiento del principio de libertad y en el abandono de la utopía igualitaria.

¹⁰ Giorgio Galli, *I partiti politici italiani (1943-2004)*, Milano, Bur, 2001.

Entre los economistas, F. Pérez García, Giorgio Ruffolo y Paolo Sylos Labini ponían en discusión la receta socialdemócrata de crecimiento económico fundada bajo el modelo keynesiano. Pérez García en particular sostenía que la «estrategia reformista frente a la crisis, no puede basarse sólo en un crecimiento lento de los salarios monetarios», porque «el aumento de los beneficios es condición necesaria pero no suficiente para relanzar la acumulación»¹¹. Maravall, Tezanos, así como Pellicani y Amato profundizaron además en el asunto de la incompatibilidad entre las políticas igualitarias y el pluralismo político, conectando así el contraste de la crisis económica con una reflexión sobre la acción de los partidos tradicionalmente obreros.

La crítica contra los comunistas fue utilizada en este ámbito para resaltar la peculiaridad de la propuesta socialista. En un artículo aparecido en «Sistema» en el número de enero de 1979, titulado «Eurocomunismo y socialismo en España: la sociología de una competición política», Maravall se refería a la ausencia de pluralismo político en el proyecto político comunista. Reconocía en tal ámbito la existencia de dos puntos esenciales de diferencia entre los programas eurocomunistas y los programas socialistas democráticos: «la primera se refiere a la naturaleza de las reformas que se proponen y a las diferencias en el tipo del cambio social que tales reformas producirían; la segunda cuestión se refiere a la compatibilidad entre políticas igualitarias y el pluralismo político, es decir, ¿en qué medida se puede construir el socialismo dentro de un sistema de competición electoral?»¹².

El punto esencial de contradicción estaría según Maravall en la interpretación comunista del socialismo como proceso. Sería posible, se preguntaba Maravall, imaginar fase de retroceso en tal proceso? Y que decir además del contexto según el cual «una igualdad exclusivamente política favorece en definitiva a quien tiene mayor capacidad de movilizarse en defensa de sus intereses, y permite a la clase dominante bloquear los intentos de reforma sustantiva emprendidos desde gobiernos de izquierda en sistemas electorales pluralistas». El pluralismo y la competición electoral se traducirían así en el proceso interminable de «tejer e destejer de Penélope sin que ningún Ulises apareciese

¹¹ Francisco Pérez García, «Socialdemocracia y poskeynesianismo», *Sistema*, 28, enero 1979, pág. 116.

¹² José María Maravall, «Eurocomunismo y socialismo en España: la sociología de una competición política», *Sistema*, 28, enero 1979, pág. 65.

tras veinte años de avances y retroceso»¹³. De acuerdo con Guerra, Maravall reconocía una dificultad originaria en la relación entre «reformas revolucionarias, como postulado del Congreso del PSOE del 1976, y la difícil relación entre pluralismo e igualitarismo. El pulso en la izquierda se hubiera jugado, entonces, según Maravall, en la conquista del espacio político reformista y sindical, más que en el campo de las reivindicaciones y de los movimientos. De este modo, una de las dificultades principales para el PSOE hubiera sido resolver la cuestión ligada a la contradicción entre el apoyo de los militantes y reconocimiento electoral. Los primeros estarían favor de una «retórica revolucionaria», aunque la dirección del partido «no es revolucionaria, aunque su ideología corresponde a un programa del partido, que es más socialista que socialdemócrata»; de otra parte estarían los electores del PSOE, que «cubren el espectro político desde el centro hasta la izquierda»¹⁴.

En un artículo publicado en «Sistema» en el número de mayo del 1979, poco después de la interrupción de los trabajos del XXVIII Congreso del PSOE, José Félix Tezanos habló de la necesidad por el partido de superar el vínculo obrerista, con el fin de conectar el partido con las clases medias siempre más numerosa a nivel de representación social. Según Tezanos era en efecto posible observar un proceso de constante subida del número de trabajadores no manuales, que con la llegada de la década de los ochenta, «se habrán convertido en el sector más numeroso», proveniente del «personal administrativo, comercial y técnico» y que «alcanzará una proporción superior a la de los obreros manuales»¹⁵. Tal fenómeno, añadía el sociólogo, formaba parte de la «lógica de evolución de los modernos sistemas de producción», y siguiendo tales datos resultaba evidente que «el tema de la hegemonía social de la clase obrera [debía] ser replanteado con rigor y profundidad si no quiere que pierda toda virtualidad política y acabe encerrando a los partidos de izquierda en el terreno de las nostalgias y las esterilidades»¹⁶.

Insistir sobre la relación entre socialismo y obrerismo hubiera estancado al partido a una realidad social obsoleta. Lo que así la izquierda tenía que comprender era que para

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ivi*, pág. 63.

¹⁵ José Félix Tezanos, «La teoría marxista de las clases, los cambios en la estructura de clases en la España actual y la alternativa socialista», *Sistema*, 29-30, mayo 1979, pág. 206.

¹⁶ *Ivi*, pág. 207.

ampliar el propio espacio político era necesario alargar la base de su propio substrato social. La «crisis del obrerismo» estaría en el «confundir socialismo con obrerismo», lo cual no sólo significaba un error de interpretación teórica, y de comprensión de lo que era en realidad el socialismo, sino un grave error de estrategia política. La solución, en cambio, consistía en la extensión de la categoría de clase obrera, incluyendo también los trabajadores no manuales, y convirtiendo el partido socialista el referente de todos los trabajadores. Lo que se requería crear, según Tezanos, no era un «socialismo de clase media», sino un nuevo bloque hegemónico capaz de representar la convergencia de intereses de un cada vez más complejo sustrato económico-social¹⁷.

La conclusión del Congreso extraordinario del PSOE del 1979 y del Congreso de Turín del PSI consolidó las posiciones de los jóvenes líderes y con ellos de las corrientes autonomistas, concluyendo una primera fase de refundación del socialismo español e italiano. Desde entonces, el lenguaje y la reflexión cultural detrás de los dilemas del socialismo asumirán caracteres más pragmáticos, dirigidos a la creación de ejes sobre los cuales construir la propuesta política y programática socialista en vista de las elecciones del 1982 y 1983.

La campaña electoral socialista (1979-1983)

El mensaje electoral durante la campaña electoral de 1982 y 1983 fue a grandes rasgos circunscrita en los conceptos de cambio y reformismo. Aun así, permaneció también en primer plano la confrontación con los comunistas y las temáticas relacionadas con la visión de sociedad libre y plural en lugar de igualitaria y de clase.

Según la opinión de Maravall, la llave del éxito socialista era el vínculo estrecho con los sindicatos; la «aparente inconsistencia entre apoyo al partido y apoyo al sindicato es uno de los aspectos claves de la competencia entre socialismo y comunismo en España»¹⁸ escribió en un artículo de 1980 sobre la definición de la alternativa socialista.

¹⁷ *Ivi*, págs. 208-209.

¹⁸ José María Maravall, «La alternativa socialista. La política y el apoyo electoral del PSOE», *Sistema*, 35, marzo 1980, pág. 25.

El PSOE, en ese momento, estaba lejos de la creación de un sindicato hegemónico paralelo al partido, pensaba Maravall, pero no obstante su situación era mejor que la de los otros partidos socialistas del sur de Europa, como Italia, Francia o Portugal, donde «la debilidad de los partidos socialistas en el movimiento sindical es una dificultad fundamental para sus estrategias políticas»¹⁹. El punto de coincidencia de todos los partidos de izquierda era el difícil terreno de la compatibilidad entre el «vínculo preferencial de clase» con el «vínculo social», es decir, «la dificultad de ser, por una parte, la representación política de una clase, de seguir un “mandato de clase”, y de llevar a cabo un programa igualitario (o “preferencial de clase”), y por otra parte, de atraer un apoyo electoral mayoritario, siguiendo un mandato nacional y defendiendo un programa que atienda a múltiples intereses»²⁰. Una vez más Maravall subrayaba la contradicción de la izquierda en aplicar la fórmula del «reformismo revolucionario» y que resultaba equiparable al modelo de *catch all party*. Este tipo de partido, según el autor, corría el riesgo de acercarse excesivamente hacia la táctica «electoralista» poniendo en contradicción algunos aspectos de su propia vida democrática interna y dejando cada vez más poca atención en la ideología y a la fidelidad del elector. Igualitarismo y sistema político plural continuaban siendo los elementos contradictorios del discurso socialista que faltaba superar: «cómo es posible llevar a cabo un programa de igualitarismo social y de participación política dentro de un sistema pluralista que sea también inmune a desafíos subversivos, sean estos militares o económicos?»²¹. La tensión que se produciría entre un hipotético gobierno socialista y las expectativas de los militantes constituiría un problema de democracia, o mejor dicho, de solidez del sistema democrático. La relevancia de la cuestión, según la opinión de Maravall, provenía desde la confrontación política realizada entre el XXVIII Congreso socialista del mayo 1979 y el Congreso extraordinario de septiembre del mismo año. Un proceso que «afecta al corazón mismo del predicamento de la izquierda europea en la crisis económica y política surgida en la década de 1970, proceso inacabado y que requiere un análisis político en profundidad en el seno del socialismo español»²². El mismo Maravall advertía sobre el riesgo de perder

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ *Ivi*, pág. 35.

²¹ *Ivi*, pág. 47.

²² *Ibidem*.

valores fundamentales de la idea tradicional de socialismo: «si el PSOE logra superar la tensión histórica entre “revolución” y “reforma” y va más allá de dilemas productores de parálisis estratégica – lo más probablemente en la dirección de lo que se ha llamado “reformismo revolucionario” o “radicalismo constitucional” – refutará también la tesis de la irrelevancia de una política de izquierdas en las sociedades industrializadas, al mismo tiempo que fortalecerá la democracia en España»²³.

Después de la victoria de González en el Congreso extraordinario de septiembre de 1979, se abandonó la cuestión del marxismo en los debates. Desde el primero número de 1980, los artículos se dirigieron sobre todo a la comprensión y al estudio de la estructuración de la sociedad española contemporánea en clave electoralista. En particular, los autores de la revista analizaron el tema de la conciencia obrera y del movimiento electoral de la clase media.

José Félix Tezanos escribió en un artículo publicado en el número de septiembre de 1981 que la movilidad social en un país de capitalismo avanzado hacía aumentar el número de los pertenecientes de la clase media, reduciendo los trabajadores manuales y produciendo un «aburguesamiento» en la clase obrera²⁴. A partir de análisis y estudios de sociología aplicados a la mejora de las condiciones económicas y sociales sucedidas durante los setenta, en opinión del autor, se hubieran podido difundir en los trabajadores manuales valores y mentalidad asimilables a los de la clase media²⁵. Si en efecto, «tradicionalmente las clases medias han sido descritas como sobrevaloradas de la independencia y de los valores individuales y opuestas a los planteamientos colectivos» y «uno de los rasgos con que va a caracterizarse históricamente la clase trabajadora va a ser su mayor énfasis en los valores colectivos y de solidaridad de clase»²⁶, tal dualidad parecería perder fundamento; mientras que se difundiría en la clase trabajadora una serie de valores típicos de la clase media (individualismo, afán de prosperidad individual, competitividad).

²³ *Ivi*, pág. 48.

²⁴ José Félix Tezanos, «Identificación de clase y conciencia obrera entre los trabajadores industriales», *Sistema*, 43-44, septiembre 1981, pág. 113.

²⁵ José Félix Tezanos, «La crisis de la conciencia obrera en la España actual», *Sistema*, 41, marzo 1981, págs. 125-140.

²⁶ *Ivi*, pág. 133.

Junto a la progresiva difusión de la clase trabajadora de una moral burguesa, o de clase media, se modificaba también la reflexión del único individuo sobre su propia pertenencia a una o ninguna clase social: «la autoidentificación de clase como la orientación política parecen estar influidas de una manera importante, por la movilidad ocupacional [...] dándose la mayor tendencia a la autoidentificación de clase media [...] con orígenes en posiciones sociales más clasificables como de “nueva clase media” (asalariados no manuales), entre los que predominan más los criterios de valoración de *estatus* (nivel del vida, posición en la escala de prestigio social, consideración social de la ocupación, etc.)»²⁷. Y de aquí que «la movilidad social resulta una variable muy importante para explicar, tanto las formas de autoidentificación de clase media como la mayor propensión a votar por opciones políticas moderadas»²⁸. Así el autor sostenía que los partidos de izquierdas en el marco europeo que habían obtenido mayor apoyo electoral fueron aquellos que supieron «romper con la lógica del “obrerismo cerrado”», consiguiendo realizar políticas capaces de atraer no sólo los pequeños empresarios sino también los trabajadores manuales con una consciencia de clase media²⁹.

El tema del aburguesamiento de la clase obrera fue tratado abundantemente también en la revista italiana. Según el autor Alberto Bellocchio «el nuevo obrero concibe sus propias reivindicaciones sindicales y políticas según parámetros totalmente occidentales». Los partidos progresistas y los sindicatos tendrían que haberse hecho cargo de las consecuencias si no querían seguir perdiendo. Ese era según Bellocchio el terreno sobre el cual se hubiera debido bascular entre «la elección de un rol de contestación y un rol de alternativa de izquierda y de gobierno»³⁰.

La revista *Mondoperaio* en referencia a este tema promovió una serie de encuentros y mesas redondas. Entre los autores que participaron en este debate, L.M. Salvadori escribió: «el problema que amenaza hoy a la izquierda de gobierno en los países avanzados de occidente es la gestión de un sistema social mixto, diversificado, cuyo desarrollo [...] reduce siempre mas el peso de los trabajadores de fábrica y aumenta la

²⁷ José Félix Tezanos, «Identificación de clase y conciencia obrera entre los trabajadores industriales», *Sistema*, 43-44, septiembre 1981, pág. 110.

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ivi*, p. 112.

³⁰ Alberto Bellocchio, «Il sindacato e la nuova classe operaia», *Mondoperaio*, 33, n.4/1980, págs. 107-116.

clase media ligada a los servicios»³¹. En substancia, según Salvadori, había que abandonar la «concepción del centralismo obrero de matriz marxiana», en favor de la fórmula del «interclasismo balanceado»³².

Tales teorías encontraron fuente de inspiración en la base modélica de la teoría de E.P. Thompson, según la cual «la nueva conciencia de clase de los trabajadores puede ser vista desde dos aspectos. Por un lado, está la conciencia de la identidad de los intereses entre los trabajadores de las más diversas ocupaciones y niveles de ingresos [...] Por otro, la conciencia de la identidad de los intereses de la clase obrera, o “las clases productivas”, en cuanto opuestas a otras clases»³³.

Las posiciones sobre la cuestión del “declive de la conciencia obrera” pasaba a través del análisis de Parkin y Kautsky, según el cual la «conciencia socialista es “inseminada”, desde fuera del movimiento obrero, por los intelectuales burgueses de izquierda y que, por tanto, la parálisis de esta labor de “inseminación” conduce a un declinar de tal conciencia»³⁴. El problema era entonces aquello de dar vida a una «nueva conciencia de clase, que, quizás, no sea ya propiamente una única conciencia obrera, sino la conciencia de los muy diversificados y plurales sectores de trabajadores de las complejas sociedades tecnológicas del siglo XX»³⁵.

El énfasis puesto sobre la crisis de la conciencia obrera, el cambio de los valores en una sociedad móvil, y la relación entre capital y trabajo constituyeron los ejes sobre los cuales fundar la propuesta programática socialista para las elecciones de 1982 y 1983. Una propuesta que, después de la experiencia de las administrativas de 1977 y de las políticas de 1979 en España, y las elecciones del 1976 y 1979 en Italia, quería ser lo más «nacional» posible, es decir, capaz de abrazar las exigencias amplias de una sociedad compleja, en movimiento y anhelante de renovación. La imagen del partido fue entonces

³¹ Massimo Luigi Salvadori, «La crisi dell'idea di sinistra», *Mondoperaio*, 34, n.2/1981, págs. 12-20.

³² Mario Abis, Antonio Pilati, «Interclassismo bilanciato: nuova tendenza del voto PSI», *Mondoperaio*, 34, n.12/1981, págs. 45-48.

³³ Edward Palmer Thompson, *The making of the english working class*, Gollanez, London, 1965, p.807. Presente en nota en José Félix Tezanos, «Identificación de clase y conciencia obrera entre los trabajadores industriales», *Sistema*, 43-44, septiembre 1981, pág. 114.

³⁴ Frank Parkin, *Orden político y desigualdades de clase*, Debate, Madrid, 1978, pp.148-149. En nota en José Félix Tezanos, «Identificación de clase y conciencia obrera entre los trabajadores industriales», *Sistema*, 43-44, septiembre 1981, pág. 122.

³⁵ *Ivi*, pág.123.

en gran parte confiada a la figura de Felipe González y Bettino Craxi respectivamente, líderes carismáticos capaces de comunicar este anhelo de renovación moderno y moderado a la vez.

Los socialistas en el gobierno (1982-1986)

Con las elecciones del 1982 y del 1983 los socialistas guiados por Felipe González y Bettino Craxi llegaron en el gobierno y se encontraron con el deber de gestionar la crisis económica que desde el 1979 ponía en dificultad las balanzas de los estados. Los modelos de crecimiento propios de los planteamientos keynesianos, fundados bajo el estímulo de la demanda a través de políticas intervencionistas de los estados, no parecían poder responder adecuadamente a la crisis. Se empezaron a abrir intensos debates sobre la necesidad de reducir la inflación a través de medidas propias de las políticas de réditos. Al centro de tal reflexión estaba la relación entre el gobierno, los sindicatos y la patronal. La relación tradicional de conexión entre los partidos de izquierda y los sindicatos parecían en tal contexto sufrir una clara y radical reformulación. Las intervenciones de los economistas y de los sociólogos que versaban entorno al grupo de «Sistema» y «Mondoperaio» aconsejaron a los sindicatos reflexionar sobre las exigencias contingentes de la crisis económica, que requerían según ellos, una posición de moderación salarial, un abatimiento de los niveles reivindicativos, y la toma de conciencia del interés de la nación y no solamente de clase.

Ludolfo Paramio, entonces profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, escribió en marzo del 1983 un artículo sobre el retraso de la izquierda en elaborar una reflexión sobre la crisis económica. Según Paramio, la crisis empezada en la década de los setenta y articulada entre las crisis petrolíferas y la crisis financieras de las economías europeas, no tenía su origen en la insuficiencia de la demanda. Cada solución basada en los modelos keynesianos o postkeynesianos habría sido tan inútil como el fracasado experimento intervencionista mitterandiano de guía económica. No obstante, la solución clásica del pensamiento económico de derechas hacia la reducción de los salarios, constituía igualmente un fracaso para el autor en cuanto incapaz de relanzar la economía

nacional a través de la inversión. Por esta razón, reconocía Paramio, «la austeridad salarial aparece así como una condición previa para hacer posible las inversiones requeridas para tal reestructuración, pero no garantiza que dichas inversiones se lleven efectivamente a cabo»³⁶. La solución tendría que haber sido intermedia: mantenerse alejado de la receta económica neoliberal y utilizar los fondos públicos de manera racional en favor de la reconversión industrial en un sentido «neofordista»³⁷. Para alcanzar tal resultado era necesario que el sindicato reconociese la necesidad de una postura pactista más que reivindicativa y el control del gobierno como garante democrático de los acuerdos. Según Paramio, era la misma clase obrera la que pedía a los sindicatos tal toma de conciencia, según un enfoque «sumamente realista y pragmático a la hora de valorar las alternativas políticas y económicas»³⁸.

El dilema sobre la acción del sindicato era en aquellos años objeto de un intenso debate tanto a nivel intelectual como político. En un libro editado por Paolo Perulli, el profesor Marino Regini y el sindicalista Bruno Trentin debatían sobre el dilema de los sindicatos. Según Regini, «si los sindicatos continúan defendiendo las reivindicaciones tradicionales en la forma tradicional, se pueden producir tres efectos: 1) únicamente sobrevivirán en las grandes empresas; 2) su fuerza declinará a nivel nacional, en cuanto a tasa de afiliación y resultados de las elecciones sindicales, y 3) los dos elementos anteriores tendrán como efecto inevitable una intensificación del corporativismo»³⁹. Por otra parte, Trentin sostenía que «no hay que olvidar que este espacio de sectores y reivindicaciones de la clase obrera no cubierto por los sindicatos existentes, puede ser ocupado por otras organizaciones sindicales o políticas que recojan estas nuevas problemáticas».

Hacia la mitad de los años ochenta el debate intelectual de los socialistas pivotaba entre la mera lectura de una sociedad en evolución y la búsqueda de soluciones a la crisis económica producto de aquel enfoque reformista que había renovado las aspiraciones políticas de ambos partidos ahora al gobierno. Es así como al amanecer de la primera

³⁶ Ludolfio Paramio, «Perspectivas económicas de la izquierda y estrategias sindicales en España», *Sistema*, 53, marzo 1983, pág. 62.

³⁷ *Ibidem*. La definición que Paramio ofrece por «neofordismo» es: «nueva forma de organización de la producción en que la automatización sustituya los aspectos más enajenantes del trabajo en cadena».

³⁸ *Ivi*, pág. 72.

³⁹ Véase las intervenciones de Regini y Trentin, en P. Perulli, *Il sindacato nella recessione*, Bari, De Donato, 1983.

experiencia de gobierno, los debates fueron útiles para valorar la década de la renovación socialista.

En noviembre de 1985 era Tezanos quien subrayaba la evolución del socialismo español reconociendo un doble elemento de cambio y de continuidad entre un «antiguo» y «nuevo» socialismo. Según el autor, más allá de los cambios realizados entre los años 1976, 1979 y 1981, el «programa máximo continúa siendo uno de los principales hilos conductores de la ideología socialista», hasta el punto que en la Ponencia de síntesis aprobada en el XXX Congreso Socialista (1984) empezaba precisamente con estas palabras: «1) El XXX Congreso del PSOE expresa la plena vigencia de los principios e ideales desarrollados en el programa máximo del partido que orientaron la acción del PSOE desde su fundación en 1879 y reafirma la línea ideológica trazada en el Congreso Extraordinario de 1979 y en el XXIX Congreso del PSOE»⁴⁰. El ámbito de mayor cambio estaría al contrario en la estrategia política del partido «claramente “pactistas” (tanto en el proceso de transición democrática como en la ulterior política de gobierno), que apuntan a corto plazo en una dirección situable preferentemente más en el marco de una política de modernización social que en una línea de “reformas sociales” propias de una acción de gobierno equiparable a la de las social-democracias europeas»⁴¹. Según Tezanos, tal estrategia más modernizadora que reformista sería de hecho el reflejo de las evoluciones socio-económicas vividas en España y, así, de la composición social del electorado socialista. En la situación actual, la relación entre los electores del PSOE y la estrategia política del partido reflejaba «las propias transformaciones que se están produciendo en las estructuras de clase de las sociedades industrializadas de nuestro tiempo»⁴². El apoyo interclasista conferido al PSOE en ocasión de la victoria electoral del 1982 habría sido posible «en virtud de la propia flexibilidad de las posturas ideológicas por parte del PSOE»⁴³. «Un reto más sociológico que ideológico», reconocía Guerra en línea con Tezanos, era aquello que había guiado la táctica política del partido en estos

⁴⁰ José Félix Tezanos, «Continuidad y cambio en el socialismo español», *Sistema*, 68-69, noviembre 1985, pág. 42.

⁴¹ *Ivi*, p. 43.

⁴² *Ivi*, p. 47.

⁴³ *Ivi*, p. 48.

años de gobierno, donde los «presupuestos políticos y afanes igualitarios» estaban acompañados por la búsqueda de la «modernidad, progreso y bienestar social»⁴⁴.

Si, entonces, por el PSOE la cuestión del cambio se juntaba con la continuidad por el socialismo italiano, el trauma fue quizás más fuerte. Fue de hecho la cuestión del reformismo que ocupó las páginas de opinión de los autores de «Mondoperaio». A través de un debate titulado «Qué reformismo», el pasaje desde la cuestión ideológica sobre el marxismo hacia el análisis socio-económico de un país en vías de modernización, puso una vez más el acento sobre la cuestión de la identidad socialista.

Entre los partidarios de un socialismo renovado estaba Giuliano Amato, el cual afirmaba que «en una sociedad avanzada, que se transforma por sí misma, el rol progresista de la izquierda sigue permaneciendo, pero no puede reducir su propio margen de acción al área de los mecanismos de protección y asistencia social», sosteniendo en cambio «factores de desarrollo e innovación»⁴⁵. Entre las opiniones divergentes predominaba la opinión de Norberto Bobbio, quien fue justamente el primero en poner de relieve la cuestión de la evolución ideológica del socialismo renovado, y que ahora así se expresaba: «donde todos son reformistas ninguno en realidad es reformista. El problema entonces se mueve en: cuales son las reformas que nosotros proponemos y cuáles son las reformas socialistas? Para responder se debe redescubrir el principio de igualdad, sin confundirlo con el igualitarismo nivelador. [...] La elección de nuestro reformismo es indivisible de nuestra visión del socialismo. Se debe reencontrar la brújula de la justicia social, un partido socialista no necesita inventar nada. Necesita, en cambio, permanecer fiel a su propia historia»⁴⁶.

En definitiva, es posible afirmar que la evolución ideológica del socialismo italiano y español hacia posiciones moderadas, reformistas y capaces de abrazar los intereses de un bloque social más amplio ha sido la base de la toma de poder en los respectivos partidos de una generación de políticos jóvenes e innovadores. Gracias a los análisis de sociólogos y economistas del ámbito socialista, los partidos han podido disfrutar de una regenerada interpretación de las relaciones entre sociedad y economía, cuya influencia fue relevante

⁴⁴ A. Guerra, «El socialismo y la España vertebrada», *Sistema*, 68-69, noviembre 1985, pág. 16.

⁴⁵ Giuliano Amato, «Come governare la società avanzata», *Mondoperaio*, 38, 5/1985, págs. 78-82.

⁴⁶ Norberto Bobbio, «Riformismo, socialismo, eguaglianza», *Mondoperaio*, 38, n. 5/1985, págs. 64-71.

en la conexión entre pensamiento político renovado y nueva estrategia y táctica política. El papel de los intelectuales, sobre todo en Italia, fue decisiva para crear aquel hilo conductor entre el estudio de la sociedad y la acción política, que desde la posguerra había sido uno de los puntos fuertes del comunismo italiano. Reconstruir la autonomía política a través de una visión de sociedad moderna y alternativa fue también para ambos partidos un esfuerzo intelectual.

No es tal vez posible analizar plenamente esta fase convulsa en la evolución de los socialismos a partir de las categorías analíticas de cambio y continuidad. De este modo, hacer un paso atrás con la memoria, estudiar el lenguaje político y la reflexión de los contemporáneos nos ha proporcionado una fotografía coherente y detallada de las diversas percepciones de los distintos actores. Desde estas percepciones brotaron interpretaciones y decisiones significativas para el desarrollo del pensamiento de izquierda de los años setenta y ochenta, cuyos efectos son hoy día comprobables, visibles y quizás, criticables.